



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie de monografías y ensayos
Número 6



**El pensamiento militar de
don Álvaro de Navia y Ossorio**

Luis Feliu Bernárdez

Mayo de 2023



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie de monografías y ensayos
Número 6

El pensamiento militar de don Álvaro de Navia y Ossorio

Luis Feliu Bernárdez
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

Índice de contenido

Resumen	i
<i>Abstract</i>	i
Sobre el autor	ii
Contexto histórico	1
La guerra de los siete años y los pensadores militares	2
Don Álvaro de Navia y Ossorio	4
Análisis de las Reflexiones Militares	6
Repaso funcional de los libros incluidos en las Reflexiones Militares.....	9
Los apéndices de las Reflexiones Militares.....	14
Consideraciones finales.....	16
Referencias bibliográficas:	17

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad de los autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

El pensamiento militar de don Álvaro de Navia y Ossorio

Luis Feliu Bernárdez

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

Resumen

Este ensayo está dedicado a un pensador militar español que nació en el siglo XVII y murió en el XVIII y cuyas Reflexiones Militares fueron lectura obligada para Napoleón, y que son comentadas para los futuros oficiales hoy en día en la Academia Militar de West Point del Ejército de los Estados Unidos. No sucede lo mismo en las academias militares españolas, aspecto peculiar de nuestra formación y en general de España, donde siempre pensamos que lo mejor viene de fuera, cuando en la mayoría de las ocasiones los de fuera se han inspirado en los nuestros.

Palabras clave

Pensamiento militar, siglo XVIII, reflexiones militares

Abstract

This essay is dedicated to a Spanish military thinker who was born in the seventeenth century and died in the eighteenth and whose Military Reflections were required reading for Napoleon, and which are commented for future officers today at the West Point Military Academy of the United States Army. However, the same does not happen in the Spanish military academies, a peculiar aspect of our training and in general of Spain, where we always think that the best comes from outside, when in most of the cases outsiders have been inspired by ours.

Key words

Military Thinking, XVIII Century, Military Reflections

Sobre el autor

Luis J. Feliu Bernárdez

Es general de brigada de Artillería (retirado), diplomado OTAN en Guerra Conjunta en la Escuela OTAN en Poole (Reino Unido), en Altos Estudios Internacionales de Defensa por el Colegio de Defensa de la OTAN, en Roma (Italia) y en Altos Estudios Estratégicos por el CESEDEN.

Es Máster en Cooperación Internacional para el Desarrollo por la Escuela Diplomática y Magister en Seguridad y Defensa por la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro de la Asociación Atlántica Española, de la Asociación Eurodefense España y vicepresidente de la Asociación de Diplomados por el Colegio de Defensa de la OTAN.

Como oficial general ha estado destinado en Kabul AFG, NATO ISAF HQ como jefe de Planes y Estrategia en el año 2008, como director de Recursos en Retamares (Madrid), NATO JFC HQ entre 2009 y 2010, y director de Gestión de Recursos Humanos en el Mando de Operaciones OTAN en Mons (Bélgica), ACO SHAPE desde 2010 a 2013. En la reserva ha sido subdirector de Asistencia Técnica del ET, ha dirigido dos cursos de ascenso a oficial general en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas (CESEDEN) y ha sido director de la Revista Ejército. Es académico de número, vicepresidente 2º de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares y presidente de la sección de Pensamiento y Moral Militar.

El pensamiento militar de don Álvaro de Navia y Ossorio

Contexto histórico

Don Álvaro de Navia y Ossorio, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado, abre una larga lista de pensadores e intelectuales militares en el XVIII, siglo éste que no se caracteriza precisamente por ser una época brillante en las artes o en las letras españolas. Sin embargo, sí lo fue en el campo de las ciencias que hizo posible el inicio del desarrollo de la tecnología en el siglo XIX.

Fue en 1634, medio siglo antes del nacimiento de don Álvaro de Navia, cuando el infante don Fernando de Austria al mando de los Tercios españoles derrotó al imperio sueco de Gustavo Adolfo en la batalla de Nordlingen, en Baviera, siendo ésta la última intervención española importante en Europa en medio de la devastadora guerra de los 30 años. Esta gran victoria de los Tercios, contra una gran coalición, hay que ponerla en contexto con las derrotas de Rocroi, 1643, Lens, 1648 y la definitiva en Dunkerque en 1658. Anulados los suecos y sajones por España, fueron los franceses los que hicieron la guerra aún más devastadora prolongándola por dos décadas y obligando a los españoles a intervenir siendo derrotados, como hemos mencionado, en Rocroi, Lens y finalmente en Dunkerque por un ejército y una flota angloholandesa. Años antes en 1572 habían triunfado los Tercios españoles en Mons sobre los franceses de Luis de Nassau. En el triunfo como en la derrota los Tercios combatieron como verdaderas fortalezas, demostrando el valor, espíritu de sacrificio, sentido del deber y lealtad al Rey por parte de los soldados españoles, y así lo hicieron durante 150 años de campañas a lo largo y ancho del continente, aunque en algunas ocasiones sus mandos no estuvieron a su altura.

La guerra de los siete años y los pensadores militares

La Paz de Westfalia en 1648 termina con el predominio de España en Europa y como resultado con un nuevo orden europeo. Orden inestable, pues empieza un largo periodo de más de cien años que dura hasta el final de la guerra de los siete años en 1763 durante el cual el arte de la guerra evoluciona lentamente. Las guerras del siglo XVIII no son de religión, como las anteriores, ni por impulsos nacionalistas, como las posteriores. No pretenden grandes objetivos, ni la destrucción del contrario, son guerras limitadas, casi de gabinete, con normas propias de caballeros, enfrentando a fuerzas militares contra fuerzas militares. A pesar de los eminentes protagonistas militares como el duque de Marlborough, Mauricio de Sajonia y Federico de Prusia, el arte militar en sus campañas no fue precisamente muy relevante. Sin embargo, lo que si destaca es que durante las operaciones militares la vida de la sociedad civil sigue su ritmo ordinario mientras se combate en los campos de batalla no muy alejados. En este sentido eran unas guerras bastante «civilizadas», a diferencia de lo que ocurrió desgraciadamente en las guerras y conflictos de los siglos posteriores.

En los últimos años del siglo XVII se introduce la llave de chispa en el arma de fuego del infante y la bayoneta acodada que permite disparar sin quitarla, eso produce un cambio tremendo, la famosa «pica» que tanta fama dio a los Tercios españoles, junto con la pericia en el uso de mosquete y arcabuz, se suprime a principios del siglo XVIII. Por otro lado, los ejércitos de la época son reducidos, debido a que el reclutamiento no es fácil, terminan engancharlo a lo más bajo de la sociedad, incluso a la hez, debido a Federico de Prusia solía decir que «ya que el honor y la lealtad no significaban nada para los soldados, debían temer más a sus oficiales que al mismo enemigo en combate, para evitar caer en la barbarie», como consecuencia los ejércitos en Europa empiezan a ser permanentes y profesionales. En el campo, los combates son mortíferos, se desarrollan a treinta pasos, donde las dos líneas de fuego prácticamente se fusilan mutuamente sin miramientos y donde el hueco dejado por un caído se cubre por el que está detrás. Orden cerrado y mortal.

La extraordinaria cantidad de bajas y la dificultad de reposición explica el cambio progresivo hacia la maniobra, al orden abierto, desplazando el choque directo, el orden cerrado, y debido a los espacios cada vez más amplios en el combate surgen la aparición de las columnas de suministro, los almacenes y la logística, para asegurar el abastecimiento y también para evitar el pillaje y el saqueo y cualquier barbarie, principalmente por razones de disciplina. Todo ello hace más difícil la conducción de la guerra y la organización de las distintas zonas del teatro de operaciones. En ese momento algo cambia en la batalla siendo más importante el genio del Jefe y el valor colectivo de los soldados y su voluntad de vencer que el

propio armamento. La estrategia, la táctica y la logística se imponen a la tecnología al armamento. Sin embargo, aún está por llegar el genio de Napoleón que instaurará de nuevo los ejércitos masivos, bien armados, compuestos por ciudadanos soldados con férrea lealtad al Emperador.

Por otra parte, el siglo XVIII es el de las guerras de sucesiones al trono de Europa. Empieza después de la muerte de Carlos II desde 1701 a 1715 con la de sucesión en *España*, entre 1733 y 1735 la de sucesión en *Polonia*, que es seguida a partir de 1740 hasta 1748 con la de sucesión de *Austria*. En la segunda mitad del siglo aparece la citada guerra de los siete años, entre 1756 y 1763, donde se empiezan a emplear ya las grandes masas de maniobra y en donde aparece el genio militar de Federico el Grande de Prusia. Esta guerra fue además un conflicto bélico colonial que se desarrolló en Europa y, también, en las colonias europeas de América, África, Filipinas y la India. De esta forma fue de algún modo la primera «guerra mundial» anticipando con mucho tiempo las del siglo XX.

Las consecuencias de la guerra de los siete años derivadas de la victoria de Inglaterra y Prusia son impresionantes: Tras la derrota de Francia empiezan a surgir los ideales de la Revolución Francesa que emergería en 1789 y tras ello un verdadero reguero de sangre, Francia cede el control de la India y de algunas colonias americanas, como Canadá, a Inglaterra. Precisamente comienza en 1765, dos años después del fin de la guerra, la revolución de las 13 colonias inglesas en América que duraría hasta 1783 con la victoria de los rebeldes gracias principalmente al apoyo financiero, naval, terrestre de España y sus tropas de la Luisiana y el compromiso de Carlos III con George Washington. No obstante, en el Tratado de Paris España cede la Florida a los ingleses y a cambio recupera Cuba. En total, se estima que hubo un millón y medio de muertos. El caso de España es particular durante la guerra, al superponerse una guerra civil de sucesión con una guerra mundial que se prolongaría, con otros conflictos bélicos, hasta finales del siglo XVIII.

España perdió más que ninguna otra potencia, da la impresión de que se alcanzó el acuerdo de paz de Paris a costa de España. Perdimos todas las posesiones en Europa, todo el tejido productivo, quedando desecha y con Inglaterra en Gibraltar. La guerra de los Siete Años y la posterior entre 1808 y 1814 dejaron a España maltrecha, desolada, yerma, con la estructura productiva destrozada y fuera del escenario internacional abriendo la puerta al peor siglo de la Historia de España, el XIX. España perdió como consecuencia de la guerra de 1808 y de las hambrunas, más de 750.000 personas en una población de algo más de 10 millones. Los franceses dejaron unos 300.000 soldados muertos en combate, entre ellos 35 generales. Más de un millón de muertos en total en seis años da una idea de la

extrema crueldad que usaron los franceses y que replicaron los españoles bien reflejada por Goya en sus pinturas sobre los horrores de la guerra.

En la guerra de los Siete Años, además de Federico de Prusia destaca el genio de John Churchill, primer duque de Marlborough, jefe excepcional, con enorme dominio de sí mismo, lleno de serenidad, cortesía y muy cuidadoso de sus hombres. En España se le conocía como «Mambrú, el de la coplilla». A pesar de la complejidad de las campañas, que ya hemos citado, derivadas del aumento de soldados en las masas de maniobra, las servidumbres de las comunicaciones, y por todo ello de la logística y las estrategias de amplias maniobras, Mambrú ejercía el mando de forma personal y directa. No solamente era un insigne militar, sino que tenía un alto sentido diplomático lo que facilitaba enormemente dirigir la coalición de diferentes fuerzas que tenía a sus órdenes. Como estratega sigue las huellas de Gustavo Adolfo de Suecia y abre camino a Federico II y luego a Napoleón.

La guerra de los Siete Años no es moderada o limitada como las anteriores, los ejércitos que se enfrentan alcanzan números considerables anunciando la llegada de la guerra de masas y del nacionalismo exaltado de los siglos venideros. Las salvajadas, los saqueos sin control y la desusada crueldad aparecen en el campo de batalla y también contra la población civil, algo no visto hasta entonces. Pero también esa guerra tiene a su héroe, Federico II de Prusia, su inteligencia, valentía e intuición en la batalla no tiene parangón. Homosexual, cínico y descreído, aunque enormemente sensible, prohibía los malos tratos a los prisioneros, restringía al máximo la pena capital, prohibía los saqueos y la crueldad y jamás usó espuelas, aunque era un jinete incansable. Junto a ello era un hombre culto, amante de la música, las letras y las artes, sin duda un gran jefe militar. Uno de los grandes de la historia de Europa.

Sin embargo, ni Federico II, ni Marlborough dejaron escritos, tratados o reflexiones militares, a lo sumo cartas o instrucciones de carácter operativo. Corresponde pues a don Álvaro de Navia y Ossorio, vizconde del Puerto y tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado el honor de empezar la lista de tratadistas militares modernos, pensador militar e insigne escritor de nuestras letras militares.

Don Álvaro de Navia y Ossorio

Don Álvaro era un oficial inmerso en la racionalidad del siglo XVIII, militar, humanista, culto, embajador, soldado cumplidor de su deber hasta entregar su vida en Orán. Es, como hemos dicho, el primero de nuestros tratadistas militares y también el de todos los que en Europa hubo tras de él siguiendo su estela de «considerar la guerra en su conjunto, en sus fundamentos éticos, filosóficos,

políticos, económicos y diplomáticos y también en sus aspectos de liderazgo, estratégicos, tácticos, logísticos y tecnológicos». Es imprescindible reconocer estos aspectos y fundamentos de la guerra para entender la importancia de las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz.

Nuestro protagonista murió joven, a los 46 años, en 1732 defendiendo la plaza de Orán que tenía por las órdenes de S. M. el Rey. Muy poco antes, entre 1724 y 1727 publicaba en Turín sus *Reflexiones Militares* pronto traducidas al francés. El otro gran tratadista contemporáneo de don Álvaro fue Mauricio de Sajonia, que publicó en 1739 sus reflexiones en francés, las llamó *Ensoñaciones*, editadas quince años después de las reflexiones del marqués, es decir, Mauricio es un tratadista posterior a don Álvaro. No por casualidad, entre 1805 y 1840, los franceses generan una gran crítica negativa de las reflexiones de Santa Cruz, por recordar los franceses la trágica derrota de sus ejércitos en España, siendo mejor valoradas las ensoñaciones del de Sajonia, quizá por ser ganador en tres batallas con las fuerzas inglesas y hoy en día diríamos que por su mayor repercusión «mediática».

No obstante, observando el tiempo de las críticas y el origen francés de las mismas, tan acostumbrados a oscurecer los méritos y valores de las armas españolas, hay que ponerlas en tela de juicio. En efecto, las críticas aparecen en el periodo de tiempo entre 1805 con la gran victoria de Napoleón en Austerlitz contra la gran coalición europea y 1815 con la gran derrota de Napoleón en Waterloo de nuevo contra otra gran coalición, y en ese periodo se desarrolla nada menos que la guerra en España 1808 a 1814 donde el ejército de Napoleón fue derrotado sin paliativos haciéndolo por primera vez vulnerable y vencible a la vista de otros. Esto fue posible gracias a la necesaria confluencia de los esfuerzos del ejército regular español, la guerrilla y el ejército aliado luso-británico-alemán. Wellington aplicó una estrategia muy prudente desde su Cuartel General en Lisboa, que no abandonó hasta 1812, dejando que el ejército regular español y la guerrilla, que estaba mucho más organizada de lo que se cree, desgastara a las tropas de Napoleón en la mayor parte del territorio nacional, y también se desgastaran ellas mismas, para intervenir en el momento oportuno. Wellington nunca habría vencido a Napoleón en España sin las unidades irregulares de guerrilla y las unidades regulares españolas, y tampoco lo hubiera vencido en Waterloo, batalla que fue la necesaria continuación de la derrota de Napoleón en España, casi es la última batalla de la guerra que asoló el territorio nacional, aunque la última realmente tuvo lugar cerca de Burdeos con un cuerpo de ejército español en vanguardia y otro inglés que le seguía, se enfrentaron a las fuerzas francesas, pero esto es otra historia.

Don José Almirante y Torroella, coronel de ingenieros y autor del conocido *Diccionario Militar*, publicado en 1869, escribe en referencia a las *Reflexiones*

Militares de Santa Cruz: «es una de esas obras inmensas en las que no entra o no debe entrar el escalpelo de la crítica». Efectivamente, las reflexiones de don Álvaro representan el inicio del resurgimiento de la literatura militar mundial en el XVIII, siendo un monumento de la literatura militar española, poco conocido en España, como suele suceder a los grandes españoles que hicieron historia y se adelantaron a su tiempo.

Volviendo al de Sajonia, su libro tiene bastantes semejanzas con las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz, a pesar de los años que los separan de evolución lenta pero constante. Aunque ambos toman como referencia a Gustavo Adolfo de Suecia, el marqués, excelente latinista, se basa además en los escritos de Flavio Vegecio, siglo V, sobre el arte de la guerra, configurando, sin duda, una obra mucho más completa que la del sajón.

También posterior al marqués, a mediados del siglo, aparece un gran escritor militar y mariscal de campo, el conde de Guibert con su obra *Ensayo General de Táctica*, fruto de un profundo análisis de las campañas de Federico de Prusia que constituye un repertorio completo de ciencia militar y del que salieron los primeros reglamentos de maniobra tal y como hoy los conocemos. La obra de Guibert tuvo una gran influencia en la formación militar de Napoleón Bonaparte.

Los grandes jefes, pensadores, escritores y tratadistas de la época tuvieron como referencia ineludible al marqués de Santa Cruz de Marcenado en el siglo XVIII, pero tenemos que remarcar también la influencia indeleble que tuvo en tratadistas militares españoles del siglo XIX como Almirante y Francisco Villamartín, constituyendo los tres, los pilares del pensamiento militar español contemporáneo. Permítanme destacar a Villamartín y sus *Nociones del Arte Militar*, referente imprescindible del pensamiento militar español en ese siglo. Por desgracia Villamartín murió joven, muy joven, digno, muy digno y lamentablemente todos sus apuntes, escritos y obras sin publicar se perdieron para siempre, nadie tuvo la sensatez de recuperarlas.

Análisis de las Reflexiones Militares

Volviendo a don Álvaro, un trabajo tan extenso y profundo como el de las *Reflexiones Militares* debió tomar bastante tiempo, seguramente desde que el marqués de Santa Cruz asumió el mando del Regimiento de Asturias, mando que ostentara durante las guerras de sucesión en España y las posteriores campañas en Italia. En todo ese tiempo empezó a realizar anotaciones diarias en lo que bien podían haber sido sus memorias. Pero sus reflexiones van mucho más allá y no solo pueden ser fruto de un resumen de anotaciones de campaña. Su admiración

por los grandes capitanes griegos, cartagineses y romanos y sus referencias a Vegecio ponen de manifiesto su gran interés por la lectura de clásicos y su reflexión permanente sobre ellos, aspecto éste que marca una gran diferencia con otros tratadistas militares de su época.

En efecto, el mismo Santa Cruz manifiesta que en 1727, año de la edición de los tomos VIII al X, llevaba veinte años escribiendo borradores de la obra, lo que nos indica que empezó a tomar notas en sus apuntes en 1707 justo en la mitad de la guerra de Sucesión al trono de España cuando contaba tan solo veintidós años de edad. Probablemente don Álvaro no se imaginaba entonces la composición de una obra literaria militar de tal envergadura. A pesar de su juventud, la lectura de los once tomos de sus *Reflexiones Militares* basta para convencer al lector de la exuberante erudición del autor que seguramente dedicó mucho tiempo al estudio de las ciencias militares que para él tenían por entonces inmediata y útil aplicación en el campo de batalla.

Es cierta la aseveración de que los libros se hacen con libros y que para escribir de cualquier materia hay que leer mucho y consultar multitud de obras. Se comprende entonces que, para componer esta obra, en la que se resumen todos los conocimientos necesarios para el cometido de General en Jefe, ha debido necesitarse un trabajo de lectura preparatoria paciente y concienzuda, al que dedicaría el marqués seguramente gran parte de su vida.

La omisión de referencias bibliográficas y textos consultados y la mención que Santa Cruz hace en uno de los libros a la «parte únicamente mía», nos hace pensar que la obra es un magnífico e intenso «trabajo en equipo» coordinado por don Álvaro, que no resta un ápice de mérito a su trabajo individual y que supone probablemente una síntesis de una serie de colaboraciones que son básicas en toda investigación con método y de carácter científico.

Con anterioridad, a excepción quizá de Maquiavelo, ninguno de los autores militares que le precedieron había profundizado en el fenómeno de la guerra en toda su amplitud como don Álvaro lo hizo. Entre los españoles que reflexionaron sobre el arte de la guerra habría que mencionar en los siglos XVI y XVII a Diego Martínez de Álava, Cristóbal Lechuga y Sancho de Londoño, pero sin alcanzar la complejidad polemológica de la guerra que hace el marqués de Santa Cruz, que por ejemplo hace mención a Aníbal al decidir llevar la acción estratégica lejos de su territorio, o a las acciones en profundidad del Gran Capitán en Italia o a las sorprendentes acciones ofensivas de Gustavo Adolfo de Suecia en la guerra de los treinta años.

El principal aspecto que cabe destacarse en la obra de Santa Cruz es la amplitud global de su análisis de la guerra, de su totalidad. En efecto, los primeros dos libros de las *Reflexiones* son en esencia un «tratado de filosofía de la guerra», a continuación, y la mayor parte del libro constituye toda una exposición de un «tratado de arte militar» en el que se estudia con todo detalle las batallas ofensiva y defensiva. El último libro destaca por su originalidad en la propuesta de estructura y organización de nuevas unidades, tanto en su composición como en sus medios de dotación.

Si valoramos la extensión que dedica Santa Cruz a cada concepción táctica, prevalece la ofensiva sobre la defensiva y a la hora de ponderar ésta lo hace desde la perspectiva del atacante más que del defensor, quizá la razón esté en que en el momento de escribir el texto existían ya suficientes y amplios trabajos sobre la defensiva y fortificación, no así sobre la ofensiva y la maniobra.

Un aspecto relevante a lo largo del libro es su preocupación por el orden «moral» en la conducción de la guerra, por la «disciplina». En estos aspectos las reflexiones pueden considerarse como un «tratado de ética militar». Como hemos destacado antes podemos resumir que las reflexiones son un compendio de tratado de «filosofía de la guerra», de tratado de «arte militar» y además un tratado de «ética militar», es por ello por lo que el nombre de *Reflexiones* queda muy lejos de definir adecuadamente el contenido y la trascendencia de lo escrito por don Álvaro.

Otro aspecto extraordinario que aborda don Álvaro es la trascendencia del «factor económico» en la guerra, factor determinante en las del siglo XX, pero que hasta entonces ningún tratadista militar lo había analizado, por esto también la obra de Santa Cruz tuvo la enorme trascendencia reconocida en otros tratadistas a lo largo del siglo XIX y posteriores.

Uno de los aspectos que trató Santa Cruz en su obra fue el tecnológico. En efecto, prevé el desarrollo de nuevas armas que romperán el equilibrio de fuerzas y sus estructuras anquilosadas, y la pólvora, o más bien el uso de la misma en la Artillería, cambió el sistema de lucha medieval en el siglo XV. Para el marqués las nuevas armas de fuego, que apenas intuye, obligarán a desarrollar la guerra en frentes mucho más amplios y abiertos, adelantándose a las devastadoras guerras del siglo XX.

Por otro lado, nos sorprende don Álvaro al señalar la importancia que concede a la guerra en la mar y la necesidad de dedicar mayores inversiones a la disposición de medios marítimos. En este ámbito, el análisis de la situación geográfica española constituye una verdadera lección de estrategia, refiriéndose no solo al aspecto operativo de las fuerzas navales, sino a la organización de industrias nacionales

para disponer de independencia estratégica y logística para la defensa de España. Destaca en este apartado la trascendencia de la seguridad del estrecho de Gibraltar, la importancia del norte de África e intuye la relevancia del eje Baleares-Estrecho-Canarias.

Después de Santa Cruz, casi todos los tratadistas militares apreciaron el mérito y la importancia de los espacios terrestres, como parecía obvio, pero hubo que esperar a finales del XIX o principios del XX para poder leer obras sobre la importancia del poder naval y la trascendencia de los escenarios oceánicos tal y como lo hizo Santa Cruz 150 años antes. Por ello es un mérito extraordinario del marqués su análisis y comentarios sobre las guerras marítimas y la visión estratégica que tuvo al valorar la importancia del espacio mediterráneo, no solo referido al mar sino a todos los países ribereños. Importancia que aun hoy en día, en el siglo XXI, sigue siendo determinante para España, Europa y las organizaciones internacionales de seguridad. Antes de progresar conviene recapitular brevemente para volver a mencionar los tres aspectos, extraordinarios para su época, y adelantados a su tiempo, tratados por Santa Cruz en sus *Reflexiones* y que acabamos de mencionar: a saber, el «factor económico», el «factor tecnológico» y «la importancia de la guerra en el mar».

A pesar de todo lo indicado y según Vidart, un entusiasta admirador de Santa Cruz, refiriéndose a algunos comentarios críticos de la obra, escribió que «en muchos casos el marqués de Santa Cruz fue más citado que leído». Por eso habría que recoger como resumen de los méritos del marqués el comentario de Almirante, magnífico escritor militar e historiador, que con espíritu crítico y hasta irónico escribía sobre las *Reflexiones Militares*:

Esta es una de esas obras inmensas en que no entra, o no debe entrar el escalpelo de la crítica. Hay que aceptarlas y respetarlas tales como son, como su autor las escribió. Al marqués de Santa Cruz hay que tomarlo en serio con sus once macizos volúmenes, con su pasmosa y exuberante erudición, con su buen instinto militar que tanto contrasta con las *pueriles ridiculeces de su tiempo*.

Repaso funcional de los libros incluidos en las Reflexiones Militares

Hasta aquí hemos valorado la enorme importancia y trascendencia de las *Reflexiones Militares* y puesto en evidencia las interesadas y sesgadas críticas que recibió. Ha llegado el momento de empezar a realizar un somero repaso por algunos de los más importantes libros en un orden más funcional que ordinal. El libro primero de las reflexiones guarda un especial interés para este ensayo, al

dedicarse Santa Cruz a las cualidades propias del jefe, al ejercicio del mando y al buen gobierno, o como se denomina hoy en día, la gobernanza.

Empezando por las cualidades del jefe, Santa Cruz aclara previamente que se trata de «asuntos que por lo que tienen de políticos y morales, convienen al príncipe, al prelado, al ministro, al jefe de tropas, y aún al caballero particular». Es decir, se refieren a una pedagogía del mando sea cual fuere la concreción del mismo. De ahí que no se detenga a analizar las virtudes castrenses del jefe y que se centre en cualidades o virtudes necesarias para ejercer el poder, el mando en cualquier ámbito.

Es el propio Santa Cruz quien confirma que su pensamiento no se vincula a un modelo moral previo, sino que se inserta en el de la moral política, nos dice: «Advierto para éste y para los demás libros que no pretendo reflexionar en sentido teológico, sino en el militar y político...». Esta advertencia se ubica entre los libros primero y segundo, y en ella se comprueba como la ambigüedad ética que deriva de Maquiavelo está presente en las reflexiones. La «razón de Estado» es para el florentino el resorte último de un relativismo pragmático que inspira su moral política. Sin embargo, la inspiración cristiana de Santa Cruz marca claras distancias con aquella. A diferencia de Maquiavelo, para Santa Cruz será mejor para el Príncipe, para el jefe, ser «amado que temido». También discrepan ambos al tratar la fortuna, la suerte, que para el de Florencia es «un hado especial con que el destino señala a los elegidos», mientras que el marqués la enmarca en una perspectiva cristiana, recomendando resignación frente a la mala fortuna y humildad en los momentos favorables.

En definitiva, hay que destacar, además, la modernidad de los consejos de Santa Cruz para la buena formación del jefe, que no solo se reduce a la práctica con las tropas, que son importantes, sino que se extiende a la necesidad de cuidar las lecturas, sobre todo y especialmente de libros de historia, a aprender idiomas y a cuidar la elocuencia. Actualmente se cuidan en las Academias Militares los dos últimos aspectos, no así el de la historia militar que a pesar de su importancia en la formación del oficial sigue siendo una asignatura pendiente.

A continuación, tras exponer las virtudes que han de concurrir en el mando, se detiene en analizar las condiciones de su ejercicio, en las tres esferas que considera propias del mando: la relación con sus subordinados, la organización de su elemento de asistencia personal y la relación con los superiores. En las relaciones con los subordinados destaca dos aspectos: en primer lugar, aquellas necesarias para conciliar el afecto de las tropas y subordinados, entre las que incluye no entrometerse en los asuntos que les compete a ellos y no usurpar la gloria de sus acciones y en segundo término se incluyen los castigos y premios, en

particular los ascensos a los que dedica tres capítulos. En cuanto a «su casa», como llama a su *staff* personal, se detiene en la actitud que debe observar su secretario y los auxiliares. Finalmente recoge una serie de consejos para que el Jefe mantenga las debidas relaciones con sus superiores, sin levantar en éstos suspicacias y recelos, ganando su confianza, necesaria para el buen gobierno de las tropas.

En cuanto al buen gobierno, contienen las *Reflexiones* toda una teoría con los rasgos característicos del pensamiento político español, que empieza por una teoría de la disimulación, del uso de los espías y la importancia del secreto en el gobierno. Posteriormente las *Reflexiones* se dedican a las rebeliones, su prevención y represión y los últimos capítulos del libro primero a la forma de establecer y mantener las alianzas. Por último, en el libro tercero se expone la teoría de los consejos que es una transcripción de la obra de Justus Lipsius, que además de ser el nombre del edificio del Consejo de la Unión Europea, fue uno de los eruditos más famosos del siglo XVI que escribió más de una docena de escritos políticos en latín, por lo que pocos pensadores eran capaces de leerlos y transcribirlos, salvo, como hemos mencionado, el marqués de Santa Cruz.

Pasando a la conducción de la guerra, Santa Cruz comprende claramente que debe ser más que la dirección operativa de las acciones militares y aconseja que previamente se analicen en profundidad las circunstancias y razones para tomar la decisión bélica, de iniciar la guerra. Para introducir este análisis tomemos la valoración que hace Almirante, no sin ironía, en su Historia Militar de España:

El 7 de octubre de 1711 se firmaron en Londres los preliminares de la paz de Utrecht en donde se ve la habilidad de Luis XIV que desde 1710 mantenía tratos secretos con Inglaterra.....según la diplomacia inglesa se encontró que volvía a estar amenazado el equilibrio europeo por el que siempre vela con especial celo la humanitaria y páfida Albión..... por tanto lo equitativo era desmembrar y repartirse España, que tomase el Rey Felipe V la península Ibérica y las Américas, el archiduque las posesiones españolas de Italia y Flandes, Holanda su barrera e Inglaterra se contentaría con Mahón (Menorca), Gibraltar y algunas tierras en las Indias [...]

Ante este panorama Santa Cruz comprende la necesidad de una organización militar de carácter permanente, y para su mejor empleo, la necesidad de definición de una verdadera política de seguridad con la exigencia de proceder a la creación de unidades militares efectivas permanentes y a su adiestramiento desde tiempo de paz. Una vez más el marqués nos sorprende con la gran anticipación a su tiempo de su pensamiento militar.

Es por ello por lo que en el Libro II establece la necesidad imperiosa de analizar las circunstancias políticas de las posibles contiendas y la trascendencia del juego de las alianzas, profundizando en el examen de las causas de la guerra. El mencionado escritor Vidart, en el prólogo de la edición de las Reflexiones comenta:

[...] Es cierto que la superioridad de Santa Cruz sobre sus contemporáneos consiste en que trata con preferencia las causas de la guerra, mientras que otros pensadores de vuelo bajo se preocupan solo de las ordenes de combate, es decir se ocupan de las condiciones de la guerra, pero no de sus causas [...]

Y en el análisis de las causas está la clave del conflicto y probablemente de su solución.

En la organización de la fuerza se detiene Marcenado en las características de las unidades y en la proporción en que habrán de entrar en ellas las distintas Armas, y aunque valora la importancia y preponderancia de la Infantería, cuida también la trascendencia que corresponde a la Caballería, especialmente en la protección de los flancos y en la seguridad de las marchas, de la Artillería y de los Ingenieros. Contra el criterio y la costumbre de disolver los Tercios al terminar la contienda para la que se crearon, a excepción de los Tercios Viejos en Italia que eran fijos, mantiene la idea de su conservación y la necesidad de ejercitarlos desde tiempo de paz para proporcionar a los soldados su instrucción, empleando primero elementos simulados y finalmente adiestrándose con ejercicios de fuego real. Sorprende de nuevo Santa Cruz anticipando la necesidad de la simulación, tan extendida en las Fuerzas Armadas de hoy en día, y la de combinarla adecuadamente con ejercicios con fuego real.

Cuando la decisión de empeñar una guerra está resuelta, no basta solo la decisión del Rey para conducirla a buen fin. Estima Santa Cruz que la decisión ha de lograr la aceptación general y la aprobación popular de la que da cumplida cuenta en el libro IV, y sin la cual ni las tropas, ni los pueblos alcanzarán a comprender la razón o justificación del empeño bélico y por ello no habrá compromiso con el fin pretendido, en otras palabras, el apoyo de la opinión pública y de los líderes políticos. En este mismo propósito apunta la necesidad del conocimiento político, psicológico y geográfico del adversario y la plenitud de información incluyendo la cartografía del escenario de las operaciones.

En el libro IX se adentra en lo que califica de guerras ofensivas y comienza por discernir las ventajas de la elección entre guerras marítimas y terrestres y una vez decidida la que se juzga más conveniente alude a que «ningún reino, tanto como España, necesita hacer un esfuerzo para adquirir la superioridad en la mar, sea para ofender o para defenderse...». Santa Cruz ya por entonces veía con claridad

la necesidad de España se desarrollara y mantuviera como potencia marítima para mantener su preponderancia.

Tras las consideraciones sobre la preparación y el planeamiento en el libro XI se adentra en las disposiciones tácticas convenientes para la batalla y las normas sobre las formaciones tácticas. Pero lo más sorprendente, en unos tiempos en los que las decisiones eran casi siempre personales del jefe, sin más consideraciones, es que Santa Cruz señala la necesidad de la reunión previa del jefe con todos los mandos inmediatos para que todos tengan pleno conocimiento de la finalidad y objetivos de la batalla, para que todos apliquen unidad de doctrina, con la exigencia a esos mandos inmediatos de que a su vez lo apliquen con sus mandos subordinados dentro de los límites de su responsabilidad. «Unidad de acción, unidad de doctrina, unidad de propósito y delegación de autoridad», principios que Santa Cruz pone de relieve en la conducción de la guerra y que el autor de estas líneas estudió en la Escuela de Estado Mayor más de dos siglos después.

Esa forma de toma de decisiones en reunión con sus capitanes, con sus mandos inmediatos es utilizada por dos grandes líderes, Alejandro Magno y Hernán Cortés y quizá por ello ambos triunfaron no perteneciendo ninguno de los dos a la milicia, pero sabiendo dirigir con prudencia, energía e intuición a sus fuerzas. Es absolutamente sorprendente que Hernán Cortés, que era principalmente un hombre de negocios, dominara con 350 hombres a un imperio de tres millones y medio. Por su parte Alejandro se enfrentaba a sus adversarios con un gran ejército de hoplitas, pero Cortés lo hacía con inteligencia y astucia. Sin embargo, Alejandro el Grande ha pasado a la historia como eso, como grande y Hernán Cortés que realizó una de las mayores hazañas de todos los tiempos quedó como un, según algunos, conquistador sin escrúpulos. Octavio Paz escritor mejicano y enemigo declarado de Cortés, cambió totalmente de opinión cuando se adentró en los detalles del personaje y de su hazaña rebuscando en las fuentes y legajos originales y no en libros con aviesa intención.

En el proceso operativo que estamos analizando, Santa Cruz se detiene, por un lado en los criterios de elección del momento más conveniente para «eludir la continuidad de la batalla» cuando se muestra desfavorable, romper el contacto y retirarse en orden, en otras palabras, y por otro en las medidas más convenientes para impedir una reacción adversaria cuando se conduce la operación ofensiva de forma favorable junto con la explotación del éxito y con los condicionamientos a tener en cuenta para poder conseguir en esa oportunidad las mejores condiciones para la paz. Pone Marcenado en la mesa que la finalidad de la guerra no es la destrucción del enemigo, no es solo ganarla, no es solo obtener la victoria, que es el objetivo militar, sino conseguir llegar a una situación final que posibilite ganar la paz y evitar una continuación de la guerra, que es el objetivo político. Esta claridad

en la definición del objetivo militar y el objetivo político de la guerra nos sorprende. Para Santa Cruz la guerra es un acto eminentemente político por eso recomienda analizar bien sus causas y la finalidad perseguida.

En este sentido viene a colación el citado libro II donde el autor analiza las circunstancias sociológicas y políticas que conducen a los planteamientos bélicos y acepta los criterios clásicos de San Agustín sobre la clasificación de las guerras en justas e injustas. Aunque en la actualidad no parece adecuado unir la Justicia con la guerra. En su exposición, Santa Cruz insiste reiteradamente en la idea que debe presidir siempre la conducta del Jefe, tratando de volver de nuevo a la negociación rota y de conseguir la paz, sin entusiasmarse con las ventajas obtenidas con la victoria militar, lo que no es obstáculo para conservar la situación final alcanzada, solo si ello es garantía necesaria para la seguridad y estabilidad futura. Con ello nos indica el marqués que la finalidad última no es solo ganar la paz sino mantener o establecer una situación de seguridad que permita prolongar esa paz y estabilidad.

Siguiendo con lo que hemos llamado la filosofía de la guerra, en el libro IV se detiene el autor en el análisis de las condiciones psicológicas del jefe y sus modos de relacionarse con los mandos subordinados, porque en el pensamiento de Santa Cruz esa actitud pesa en las operaciones tanto o más que la propia capacidad y preparación profesional de los jefes. Esta preocupación sobre la moral del jefe y de las tropas se comprueba a lo largo del todo el texto de la obra.

Los apéndices de las Reflexiones Militares

Los apéndices de las *Reflexiones* constituyen un complemento que confirman los criterios expresados en las mismas. En ellos insiste sobre la exigencia de los conocimientos históricos y técnicos de las causas y circunstancias de la guerra y también sobre su intención de culminar una obra que sirva de enseñanza a los que pudieran tener que adoptar decisiones tácticas y asumir la responsabilidad de las mismas en la conducción operativa de las tropas en la batalla. Si esa fue la intención, me pregunto por qué no se analizan las *Reflexiones Militares* en las Academias Militares españolas, siendo su pensamiento de tan tremenda actualidad en muchos casos.

En el apéndice I encontramos una carta del conde de Aguilar, capitán general de los Ejércitos que llega a elaborar una auténtica síntesis de los 11 libros y a expresar el siguiente comentario «[...] en la vasta región de las diferentes ciencias que la profesión militar incluye, el general perfecto todas las debe saber y todas con la anticipación suficiente o en el mismo acto que le sean más precisas[...]».

En el apéndice II se insiste en la necesidad de fórmulas innovadoras para la conducción de la guerra, debido a la aportación de nuevas armas, de nuevas tecnologías y por los diferentes sistemas de aplicación. Su confianza en las armas de fuego la estima principalmente en las situaciones defensivas, donde se manifiesta más inclinado a las ventajas que proporciona la Artillería, que considera el Arma del futuro y por ello reflexiona sobre que los riesgos de las guerras futuras serán mucho mayores que de las que se libraron en el pasado.

En el apéndice III se recogen las respuestas que Santa Cruz dirige por carta al abate Muratori y en las que aclara muchos de los conceptos expuestos en las *Reflexiones*, pero ampliados con ideas que corresponden a la preocupación por los nuevos métodos de guerra y sobre todo por la aparición de nuevos ingenios bélicos. Compara la diferencia de los riesgos de las guerras antiguas y modernas, cuando cada hombre peleaba con otro que tenía iguales o parecidas armas y no empezaban a sentir el riesgo hasta que estaban a pocos pasos de distancia y desde ese momento en que se veían unos y otros, hasta la decisión de utilizar el arma adecuada pasaba muy poco tiempo.

En la misma carta al abate aprecia con estupor la aparición de nuevas armas porque «[...] en el ataque a las plazas fuertes hay el gravísimo peligro de las minas [...]». Los mayores peligros que entrañan los nuevos medios de combate llevan a Santa Cruz a entrar en consideraciones sobre el valor y el coraje y si en unos casos comenta la forma de lograr tales virtudes de forma individual en los soldados, en otros se extiende en la visión colectiva de esos valores en la fuerza.

Después de las *Reflexiones Militares* Santa Cruz proyecta escribir un *Diccionario Histórico Militar* en el que manifiesta su entusiasmo por las cuestiones geográficas e históricas que se traduce en su extraordinaria erudición reflejada en todas las citas y ejemplos de sus reflexiones. Desde luego es consciente de la complejidad del proyecto por lo que solicita una amplia aportación de especialistas, a los que menciona en el *Diccionario*, reservándose los aspectos que consideran específicamente militares. En cuanto a la preparación técnica, que tanto apreciaba, decide escribir sus *Cómputos Militares* en los que aparecen características muy diferentes que considera han de ser de utilidad práctica y para ello configura un verdadero manual tanto para adquirir una rápida preparación técnica, como consejos para una aplicación fácil en las diversas situaciones tácticas que surjan en el combate.

El *Diccionario Histórico Militar*, menos conocido que las *Reflexiones Militares*, pero no por ello menos importante, detalla un esquema de los temas y materias que ha de contener y su distribución en títulos y capítulos y su forma de exposición. Tal vez la demostración más relevante y que demuestra la amplitud de conocimientos

de Santa Cruz se acusa en las normas generales que redacta para su aplicación por todos los colaboradores en el desarrollo de ese proyecto y que habrán de someterse para lograr el resultado esperado. Esto demuestra una vez más las magníficas cualidades del marqués de Santa Cruz de Marcenado en la dirección de un trabajo en equipo, desarrollando una verdadera y auténtica labor de investigación.

No quisiera finalizar sin destacar por su importancia, aunque sin expresarlo claramente, cuando el autor nos indica la necesidad de una formación científica, humanista, histórica, técnica, filosófica y militar de los oficiales del Ejército para su mejor servicio. Tiempo después, casi cincuenta años, en 1764 el profesor principal de la Real Academia de Caballeros Cadetes del Real Colegio de Artillería en el Alcázar de Segovia, el sacerdote jesuita Antonio de Eximeno, se expresaba en su discurso de apertura del primer curso escolar en la citada institución militar diciendo «[...] el oficial de Artillería debe ser un gran matemático, un grande histórico, un gran filósofo, un gran político, debe ser un héroe [...]».

Consideraciones finales

Estas recomendaciones que nos llegan del marqués de Santa Cruz en la segunda mitad del siglo XVIII nos advierten que no se puede llegar a ser un buen oficial al servicio de los Ejércitos o de la Armada sin una sólida formación histórica y humanista que complementa las adquisiciones de habilidades técnicas, científicas y el buen hacer en las tácticas y procedimientos militares.

El oficial del siglo XXI, va a tener que desenvolverse en un escenario mundial en el que vuelve el «desorden», en el que, desde los tres dominios tradicionales de la guerra en el siglo XX, que era uno solo para Santa Cruz hace doscientos años, en el XVIII, pasamos a tener que actuar en otros tres más, a saber, el aeroespacial, el cibernético y el cognitivo. Esta tremenda complejidad redonda aún más en la necesidad de volver a los parámetros originarios de la formación del oficial, objetivo primario de la gran obra de Santa Cruz, a los valores esenciales de la formación de entonces que según demuestra la evolución histórica son permanentes. En breves palabras, todo cambia, para que realmente nada cambie y en este entendimiento, las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz son esenciales incluso ahora para la organización, mando y dirección de los Ejércitos.

Referencias bibliográficas:

- Cuartero Larrea, Miguel. *Santa Cruz de Marcenado y su Obra. Madrid. Estudio crítico en el libro Reflexiones Militares*. Madrid: Ediciones Defensa, 1984.
- Cuartero Larrea, Miguel. *Sobre la Conducción de la Guerra*. Madrid: Defensa, 2004.
- Díez Alegría, Manuel. *La Milicia en el siglo de las luces*. Madrid Real Academia Española de las Ciencias Morales y Políticas, 1980
- De la Llave y García, Joaquín. *La Biblioteca del Marqués de Santa Cruz. Estudio Bibliográfico de las referencias de las Reflexiones Militares*. Estudio crítico en el libro *Reflexiones Militares*. Madrid: Ediciones Defensa, 1984.
- López de Anglada, Luis. *Vida de Don Álvaro de Navia y Ossorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado*. Madrid: Real Academia Española de las Ciencias Morales y Políticas, 1983.
- Marqués de Santa Cruz de Marcenado. *Reflexiones Militares*. Madrid: Ediciones Defensa, 1984.
- Marqués de Santa Cruz de Marcenado. *Diccionario Histórico Militar*. Barcelona: Editorial Pi y Ferrer, 1749.
- Trillo-Figueroa y Martínez-Conde, Federico. *Teoría del Mando y Buen Gobierno de las tropas. Estudio crítico en el libro Reflexiones Militares*. Madrid: Ediciones Defensa, 1984.
- Vidart Schuch, Luis. *Estudio Preliminar a la edición de Reflexiones Militares de Enrique Rubiños*. Madrid: Editorial Rubiños, 1887.